

México: ¿fragilidad financiera o crisis estructural?*

James M. Cypher*

Las interpretaciones ortodoxas de la crisis mexicana de 1995 se han centrado en 1) las políticas del tipo de cambio, 2) la temporalidad, magnitud y los pasos en falso de la devaluación del peso, y, de manera más reciente 3) del fracaso de la política monetaria al establecer una tasa de interés que continuara atrayendo los fondos externos a la vez que en México los sucesos se volvían progresivamente más turbulentos durante 1994. El papel de los factores estructurales, tales como la profunda fragilidad del sistema financiero mexicano y la debilidad endémica del modelo del FMI/Banco Mundial sobre una economía dirigida hacia el mercado y hacia las exportaciones han recibido poca atención. Este documento, mientras que centra su atención principal en los detalles de las crisis del sector bancario, intenta además llevar la discusión de la crisis de 1994 un paso más adelante: se plantea la hipótesis de que la fragilidad del sistema bancario fue uno de los principales resultados del experimento fallido mexicano en relación con las *políticas ultraliberales de laissez-faire* que comenzaron en 1982.

Las economías institucionales y la inestabilidad crediticia

Tal como Thorstein Veblen argumentaba en *Absentee Ownership* [1923], el capitalismo moderno retiene dentro de su estruc-

* Tomado del *Journal of Economic Issues*, Vol. XXX, núm. 2, junio de 1996.

• El autor es Profesor de Economía en la Universidad del Estado de California en Fresno. Agradece la ayuda de Eugenia Correa, Judith Teichman y Gregorio Vidal. Expresa su agradecimiento de manera especial a Ross Gandy. Este documento se presentó en la reunión anual de la Association for Evolutionary Economics, en San Francisco, California, que se efectuó del 5 al 7 de enero de 1996.

tura a una serie de fuerzas volátiles que pueden explotar en convulsiones económicas —y que estas fuerzas tienden a estar centradas dentro del sistema financiero:

La materia del que están formados tanto el crédito como la capitalización es esencialmente una materia de artificios concertados que descansan en la credibilidad rutinaria de la mayor parte de la comunidad empresarial. Es por tanto condicionada en la continua preservación de esta credibilidad generalizada en un estado de fuerza tensil incólume lo que obliga a una eterna vigilancia por parte de sus guardianes. La materia, por ende, siempre se mantiene en un estado de permanente desequilibrio sujeto a trastornos y a una extensiva desintegración en caso de que haya apreciables disturbios en un punto crítico cualquiera (Veblen [1923,383]).

El trabajo de Hyman Minsky y el de sus seguidores demuestra que los bancos que buscan la maximización de sus utilidades se comprometerán en actividades progresivamente más riesgosas en un sistema que es inherentemente inestable, y de esta manera desatarán fuerzas a lo largo del curso de un ciclo e irán generando el estallido de una crisis financiera [Dymski y Pollin 1994, Minsky 1982]. Las estructuras económicas ultra *laissez-faire*, en el esquema de Veblen y Minsky son inherentemente inestables y requieren una constante vigilancia a través de un desarrollado sistema institucional diseñado para contrarrestar los excesos predecibles de una economía basada en el mercado.

La crisis estructural mexicana

En contraste, el neoliberalismo, tal como es actualmente practicado en México, así como también por el Banco Mundial y el FMI, idealiza el sistema de mercado presentándolo como inherentemente estable y socialmente óptimo. En esta formulación las funciones regulatorias deben ser mantenidas al mínimo mientras que las fuerzas del mercado deben operar en una esfera permanentemente en expansión. Fundamental en este modelo es la política de minimizar el papel del Estado especialmente a través de las privatizaciones, las más importantes de las cuales se han dado en el ámbito financiero. Es esta perspec-

tiva la que constituye la base de la crisis estructural mexicana. La crisis de la fragilidad financiera debe ser interpretada dentro del contexto de una crisis de acumulación más profunda. El modelo mexicano neoliberal y de ultra *laissez-faire* ha precipitado una crisis estructural que está vinculada al estancamiento o la paralización económica, al incremento de la desigualdad de la distribución del ingreso, a la precipitada caída de los salarios,¹ la desindustrialización, a un déficit estructural en la balanza de pagos y a un rápido giro hacia un sector financiero especulativo que eventualmente ocasionó el colapso del sistema bancario.

Bajo las políticas de un desarrollo dirigido por el estado en el periodo comprendido entre 1940 y 1980, el PIB real de México se expandió a una tasa anual de aproximadamente 6%. A partir de 1983, cuando comienza el experimento neoliberal, hasta 1994, el PIB real creció a niveles de 1.6% anual, muy por debajo de la tasa de población. De 1984 a 1992, el 10% de la población que recibía mayores ingresos aumentó su participación del ingreso total de 32.8% a 38.2% (esto sin calcular el ingreso adicional conseguido por este estrato social vía los fondos obtenidos por la fuga de capitales resguardados en los Estados Unidos y Europa) [OCDE 1992, 110; 1995, 101]. La proporción del PIB que generaba la industria se encogió de 22% en 1980 a 20% en 1993 mientras que el sector financiero y de bienes raíces se expandió del 8.6% al 14.9% en el mismo periodo [OCDE 1995, 176]. Mientras tanto, la política de promoción a las exportaciones decayó; la labor exportadora cayó en 15% en el periodo comprendido entre 1991 y 1994 dado que México no pudo mantener su parte del mercado junto con sus socios comerciales más importantes. [OCDE, 1995, 18].

¹ Los salarios promedio cayeron de su base pre-neoliberal donde 1980=100, a 74 en 1993 [OCDE, 1992, 256; 1995, 169]. La caída más drástica la reportaron los salarios manufactureros, donde ocurrieron fuertes reducciones en la fuerza laboral. Sin embargo, los salarios manufactureros en 1994 fueron únicamente del 94% sobre el nivel de 1980. Los *salarios mínimos*, que pueden representar los salarios de entre el 30 y el 40% de la población, habían caído a aproximadamente 35% de su nivel de 1978 para 1995 [OCDE 1995, 15]. Dominando cualquier nivel de cálculo y ajuste que pueda ser hecho al utilizar los limitados datos sobre salarios en México fue la caída real de todos los salarios en 1995, estimada en más del 10 por ciento.

La devaluación mexicana y la crisis bancaria

En un recuento representativamente ortodoxo de la crisis, el economista David Gould de la Reserva Federal estadounidense argumentaba que México debería haber aumentado sus tasas de interés en 1994 y probablemente debía haber devaluado en 1993 [Gould 1995,9] Sin embargo, en 1993 había poca presión abierta en México para devaluar; además la devaluación no parecía presentarse como necesaria dado el crecimiento, estando en tasas cercanas a cero, la inflación estando por debajo del 10% y el déficit comercial cayendo al 6.4% del PIB (comparado al 7.4% en 1992) [OCDE, 1995, 19, 164, 169]. Tampoco habría beneficiado a México una sustantiva devaluación en cuanto a sus negociaciones con el TLC dado que los hacedores de política mexicanos comprendían que la aceptación estadounidense del tratado se centraba en la percepción de que Estados Unidos aumentaría sus exportaciones a México en las postrimerías del tratado. Así, para el analista ortodoxo, la alternativa que quedaba era la de aumentar las tasas de interés en 1994 para lograr mantener la entrada de dinero “caliente” en el mercado de los Tesobonos (deuda pública emitida en pesos pero indizada al dólar estadounidense) y hacia los mercados financieros mexicanos de corto plazo. Sin embargo, el hacer esto habría empujado a los bancos mexicanos de manera aún más profunda en lo que entonces era una crisis silenciosa.

Dos factores institucionales que han recibido escasa atención ensombrecen y dominan los debates acerca del tipo de cambio sostenido y el refinanciamiento de los Tesobonos. El primero es la fuga de capitales durante 1994, antes de la turbulencia de diciembre, que se ha estimado entre 17 y 20 000 millones de dólares— aunque el término fuga de capitales no se utiliza usualmente [OCDE 1995, 21,38; FMI 1995a, 56–61]. En segundo lugar, dada la extensión del colapso en el sistema bancario, una sustancial parte del programa de rescate de 40 000 millones de dólares creado a principios de 1995 fue indispensable ya que se utilizó para reconstruir la reserva de divisas agotadas por la fuga de capitales o hacia la socialización de las deudas incurridas por los bancos.²

2 Estados Unidos proveyó 20 000 millones de dólares y el FMI 17 800; a

Ni la disputa del tipo de cambio ni la disección del refinanciamiento de los Tesobonos presenta el meollo de la crisis Mexicana. El meollo de la crisis fue (y es) el de la autonomía estatal, incluyendo la regulación de la opción de la fuga de capitales ejercida de manera tan frecuente por la elite mexicana, y la regulación del sistema bancario donde la especulación y el impulso del endeudamiento avanzaron de manera rampante luego de la reprivatización de la banca en el periodo 1991–1992.³

La crisis bancaria

Con el alza continua de las tasas de interés, en ocasiones por encima del 100%, luego del programa de estabilización del FMI que comenzó a principios de 1995, la crisis en el sector bancario

esto se suplementaron los préstamos hechos por Canadá, el Banco Mundial y el Banco Interamericano. Para julio de 1995, el gobierno mexicano había obtenido 22 500 millones de dólares de Estados Unidos, el FMI y Canadá con 2 000 millones adicionales para préstamos de reestructuración bancaria del Banco Mundial y el Banco Interamericano. En diciembre, el FMI emitió un nuevo crédito de 1 640 millones, dejando un total de aproximadamente 26 000 millones. De este total, 10 000 millones fueron utilizados para reabastecer las reservas, al menos 6 300 millones para refinanciar las obligaciones bancarias en moneda extranjera y dejando aproximadamente 10 000 millones que aparentemente fueron utilizados para rescatar a los bancos insolventes y para apoyar las liquidaciones de Tesobonos. (En febrero de 1996, el Banco Interamericano prestó 1 500 millones adicionales para respaldar al sector bancario.

3 En términos de activos, la mayoría de los bancos cayeron en manos de una élite financiera emergente que había surgido bajo el “sistema bancario paralelo” creado en los ochenta. Los nuevos “grupos financieros” quienes centraron su capital en la Bolsa de Valores pero que además poseían compañías arrendatarias financieras, casas de cambio y otras operaciones financieras, se convirtieron en los dueños mayoritarios del nuevo sistema bancario privatizado. Esta nueva elite financiera había adquirido grandes cantidades de dinero con poco esfuerzo o perspicacia en el periodo 1989–1992 cuando el valor combinado de las acciones corporativas en la Bolsa Mexicana brincó del 11 a cerca del 50% del PIB. Muchas de las ganancias ultra-rápidas de este *boom* fueron transferidas a la propiedad de bancos donde la nueva elite financiera que se había basado en la bolsa esperaba lograr tasas de retorno similarmente espectaculares a través de cierta alquimia financiera. Particularmente atractivo resultaba el *spread* entre las tasas de interés nacionales y extranjeras—frecuentemente en el rango de los 20 puntos— que permitía a los bancos arrasar con las ganancias al promover préstamos. Los préstamos se expandieron a una tasa promedio anualizada del 26% entre 1992 y 1994.

se desparramó. Las cifras registran el espectacular aumento en los préstamos no ejecutados o incumplidos dentro del sistema de la banca comercial mexicana como parte del total de los préstamos a septiembre de 1995. Los préstamos no ejecutados o incumplidos reportados como parte del total de los préstamos en el sector bancario aumentó de manera espectacular en 1995 de 7.4% del total a cerca del 17% para septiembre de 1995.⁴ En comparación con los estándares internacionales, un sistema bancario con préstamos incumplidos del 4% se considera en “pobre” situación. Los préstamos no ejecutados o incumplidos a septiembre de 1995 se han estimado que exceden el capital propio de la banca comercial por un factor de dos a tres. Además, los bancos comerciales mexicanos debían más de 25 000 millones de dólares a acreedores extranjeros y la mayoría de las deudas eran a muy corto plazo, por lo cual requerirían refinanciarse a partir de 1995. (Algunas estimaciones presentan el riesgo de la banca comercial muy por arriba: 38 600 millones o 3.5 veces el capital propio [González 1995, 1, 45].) Que el sistema bancario comercial estaba en un estado de virtual colapso no era debatible. La crisis de 1995, entonces, no es un resultado de errores en la política monetaria relativos al tipo de cambio ni está limitado a una crisis financiera sectorial, a pesar de que esta crisis financiera fue una importante manifestación de la crisis estructural.

Antecedentes de la crisis bancaria

La banca comercial sirvió como un conducto para la fuga de capitales en 1982 y para la elite financiera a través de la poderosa Asociación Mexicana de Banqueros, la cual retó la autonomía del entonces presidente López Portillo. En un audaz movimiento para socavar este reto, para reafirmar el liderazgo

⁴ La banca comercial mexicana sólo reporta la proporción no pagada de los préstamos no ejecutados o incumplidos como vendida. Bajo los estándares contables norteamericanos, todo el monto de la deuda sería considerada como no ejecutada o incumplida. Bajo estos estándares, se estima ampliamente por Solomon Brothers y otras fuentes, que estos préstamos eran de entre el 30 y el 40% de las cuentas pendientes por pagar. Con esto, los préstamos no ejecutados representarían aproximadamente entre el 8 y el 11% del PIB.

del Estado y para lograr el control sobre el sector financiero, la banca fue nacionalizada a finales de 1982 [Cypher 1990; Maxfield 1990]. Aunque dominaba la especulación con respecto a la posible re-privatización de la banca bajo el régimen del presidente De la Madrid (1982–1988), él mantuvo tanto la postura oficial del gobierno —la banca permanecería como propiedad del pueblo mexicano— y a la vez permitió la creación de un “sistema bancario paralelo” de corredores de Bolsa quienes comenzaron a jugar el papel de bancos no-bancarios en México [Maxfield 1990]. Bajo presión de los grandes acreedores tales como el Banco Mundial, y de acuerdo con la filosofía económica de su gabinete, el presidente Salinas (1988–1994) gradualmente expandió el dominio del sector privado en la esfera financiera, y, durante 1991 y 1992 vendió rápidamente los 18 bancos que habían sido nacionalizados en 1982. Esta reprivatización fue aclamada como un ejemplo más de la era neoliberal en México y creó la inesperada entrada de 12 400 millones de dólares, que el gobierno pudo utilizar para aumentar las reservas y para pagar deuda externa. En este tiempo, los defensores de la política ultra *laissez-faire* de la administración salinista proclamaron la privatización bancaria como un trascendental paso hacia la eficientización de la economía mexicana. Aún y cuando la profunda magnitud de la debacle bancaria se comenzaba a comprender en diciembre de 1994, el Secretario de Hacienda, D. Pedro Aspe, continuaba elogiando al sector financiero:

El sector financiero mexicano ha confrontado el reto de la modernización y ha consolidado su presencia dentro de la estrategia económica de México de tal manera de poder responder a las circunstancias globales actuales, que demandan una integración competitiva dentro de la economía internacional así como una mayor eficiencia y un mejor balance en todas las actividades financieras. El sistema financiero actual está impregnado con ambas características y con instrumentos que promoverán un mayor nivel de ahorro y que canalizarán los flujos financieros externos a los usos más productivos y eficientes para lograr el beneficio de la sociedad [Aspe, 1994, 1048].

Este aire de triunfo tuvo eco en la reunión de octubre de los banqueros de la banca comercial donde resucitaron la Asociación Mexicana de Banqueros mientras que afirmaban que los bancos (y el gobierno mexicano bajo Salinas y Aspe) habían sido

reconocidos en todo el mundo por su “majestuosa” actuación. Majestuosa era la tasa de crecimiento de las ganancias de los bancos: de 1 300 millones de dólares en 1991 a 1 900 millones en 1992, a 2 700 millones en 1993 y —anualizado con base en septiembre de 1994— la reutilización fue de 2 500 millones de dólares en 1994. [Acosta 1995, 21]. Las ganancias de los bancos eran tan altas en relación a la reutilización accionaria en otros países que caben pocas dudas de que el sector financiero estaba drenando al sector industrial de la economía mexicana de su posibilidad de expandir su base productiva.

Detrás de la fachada de los espaldarazos oficiales y las auto-felicitaciones, empero, los datos revelaban un sistema bancario permeado por métodos financieros de alto riesgo y de gran fragilidad. Los préstamos bancarios aumentaron desmesuradamente —los seis bancos más grandes (que controlaban 70% de los préstamos bancarios) aumentaron su otorgamiento de préstamos en 230 % en el periodo comprendido entre 1988 y 1993, con el mayor crecimiento en los noventa. Las ganancias para estos bancos, mientras tanto, se incrementaron en 137% en el mismo periodo [Girón 1994, 1072]. El endeudamiento externo fue una estrategia favorecida por los bancos, creando una deuda externa que aumentó de 9 000 millones en 1989 a 23 000 millones de dólares en 1993 y a una cantidad estimada entre 25 y 38 000 millones en 1995 [OCDE 1995, 20; González 1995, 1, 45]. Ya para finales de 1994, la OCDE estimó que una tercera parte de los préstamos extendidos por la banca mexicana se encontraban en divisas extranjeras y que el 25% de estos préstamos fueron hechos a empresas e individuos que no tenían ingresos en divisas.

La OCDE ha asociado la explicación oficial de la crisis estructural de México— el colapso del ahorro interno (de 24.7% del PIB en 1983 al 16% en 1994)— a los préstamos agresivos ejecutados por parte de la banca comercial:

...así la banca competía para ganar una parte del mercado, frecuentemente extendiendo créditos al consumo y préstamos hipotecarios sin una evaluación adecuada de riesgos. Esto llevó al deterioro de los balances del sector privado y a una calidad muy pobre en los portafolios bancarios. [OCDE 1995, 4].⁵

⁵ La práctica de la rápida expansión de los préstamos fue fuertemente

En general, los créditos bancarios al sector privado a partir de 1988 y hasta 1994 (expresados como porcentaje del PIB) aumentaron del 14 al 55% —un aumento de 400% en sólo siete años [OCDE 1995, 36]. Como lo enfatizó la OCDE, la mayor parte de estos préstamos fueron para créditos al consumo incluyendo préstamos para autos, préstamos hipotecarios y sobre tarjetas de crédito y, de manera secundaria al sector empresarial para el financiamiento de bienes raíces y actividades de construcción (que fueron originalmente asociadas a actividades especulativas en edificios de oficinas y centros comerciales). Conspicua por su ausencia era cualquier mención de la explosión crediticia al ser ligada a las actividades industriales o a cualquier otra actividad económica que señalara hacia la expansión de la base productiva de la economía mexicana.

La socialización de las pérdidas de la banca privada

Siendo que los préstamos no ejecutados o incumplidos se estimaban en más del doble del valor del capital accionario del sistema bancario mexicano en su totalidad para finales de 1995, no es sorprendente resaltar que el gobierno estaba comprometido en un masivo y progresivo esfuerzo para socializar las pérdidas bancarias. Este proceso fue excesivamente complejo y sólo será mostrado brevemente.⁶

reforzada durante 1993, y especialmente en 1994, cuando la política fiscal se tornó expansiva. En este punto los poderosos bancos de desarrollo que pertenecían al gobierno, tales como Nafinsa y Bancomext, pidieron préstamos en la banca internacional y luego los hicieron disponibles a la banca comercial para que ésta le prestara a su vez al sector privado. Desde 1991 hasta 1994, la banca de desarrollo expandió sus préstamos a una tasa anual del 25%, la banca de desarrollo expresada en términos de proporción al PIB pasó de 1.4% en 1991 al 4.2% en 1995. [OCDE 1995, 35].

⁶ Además de los programas descritos más adelante, el gobierno ha establecido un programa de “liquidez de dólares” donde la deuda externa bancaria puede ser pagada por la Banca Central, con los bancos privados incurriendo entonces en una deuda en pesos debida al Banco de México. Otros rasgos de este programa incluyen la alteración de los límites impuestos en la propiedad de acciones que posean los extranjeros y el aumento de las acciones permitidas para los “grupos” industriales mexicanos. El efecto a más largo plazo de estos cambios será el de reestructurar al sector financiero, aumentando rápidamente

Fobaproa: Una respuesta ha sido la completa adquisición de los bancos que han fracasado. Estas adquisiciones son conducidas por un fondo de depósito de garantía conocido como Fobaproa. Hasta ahora Fobaproa ha adquirido, o está en proceso de adquirir 12 bancos, incluyendo 9 de los 18 bancos privatizados entre 1991 y 1992. Mientras que la crisis bancaria comenzaba, la mayoría de los observadores le asignaron un pequeño papel a Fobaproa, argumentando que había adquirido bancos pequeños, particularmente aquellos que habían realizado actividades fraudulentas. Esta perspectiva cambió drásticamente a finales de 1995. En septiembre dos bancos fueron adquiridos, en octubre dos más y en diciembre Banco Inverlat, el cuarto más grande en México, fracasó. Mientras tanto en noviembre Banco Obrero estaba programado a ser absorbido por el Fobaproa. Casi tan significativo como la operación de Inverlat fue la intervención de Banco Bitál (el sexto más grande) y de Banco del Atlántico (el séptimo más grande). Fobaproa compró 640 millones de dólares de los préstamos no ejecutados o incumplidos del Banco del Atlántico y 150 millones de Bitál (el Cuadro 1 detalla el proceso de re-nacionalización parcial).

Al socializar las pérdidas especulativas de estos bancos, el gobierno esperaba revenderlos a bancos extranjeros. Hasta ahora, el banco español, Banco Bilbao Vizcaya, ha comprado Probursa; A.G. Alemania ha adquirido Banoro y Bancrecer; el Banco de Nueva Escocia (el octavo en tamaño en Canadá) compró Inverlat y el tercer Banco más grande, también de Canadá, el Banco de Montreal, ha tomado una parte del 16% del segundo banco mexicano en importancia, Bancomer.

CUADRO 1
MEXICO, INTERVENCION BANCARIA/RE-NACIONALIZACION

Banco	Base de Capital	Categoría de Activos	Fecha	Intervención/adquisición
Inverlat	ST	4	12/95	Fobaproa/ Nueva Escocia
Atlántico*	ST	7	11/95	Fobaproa
Obrero**	N.D.	17	11/95	Fobaproa
Oriente	ST	18	10/95	Fobaproa
Interestatal	N.D.	25	10/95	Fobaproa
Bitál*	IN	6	9/95	Fobaproa
Banoro	ST	16	9/95	Fobaproa/ A.G. Alemania
Bancrecer	TR	12	9/95	Fobaproa/ A.G. Alemania
Probursa	ST	14	6/95	Fobaproa/BBV
Banpaís	TR	8	3/95	Fobaproa
Unión	IN	13	otoño/95	Fobaproa
Cremi	IN	9	otoño/95	Fobaproa

*Denota intervención, no una total adquisición.

**Adquisición anticipada, anunciada por la Comisión Nacional Bancaria y de Valores (CNBV)

ST = la mayoría del capital bancario que se deriva del corretaje de bolsa y del un grupo inversionista.

IN = El capital bancario se deriva de un grupo industrial.

TR = El capital bancario se deriva de la transportación o el comercio.

N.D. = Información no disponible.

FUENTES: "El Financiero Internacional" (varias ediciones), *La Jornada* (varias ediciones), Garrido, 1994: 171.

Procapte: Además del papel de Fobaproa, el gobierno creó Procapte para capitalizar de manera temporal a los bancos. Los fondos de Procapte han ido a la solventación de los bancos. A mediados de 1995, el Procapte había inyectado más de 6 000 millones en monedas fuertes y en pesos al sistema bancario, en intercambio de las obligaciones subordinadas de los bancos. Las instituciones bancarias con tasas de capitalización menores al 8% obligatorio (medido como capital accionario en proporción a las acciones) han recibido estos fondos. El papel del Procapte se ha expandido de manera importante a partir de

el papel de la banca extranjera y permitiendo a los "grupos nacionales de poder" en el sector industrial aumentar su control del sistema financiero.

diciembre de 1995 cuando, respaldado por un nuevo préstamo del FMI, adquirió 2 000 millones de dólares en préstamos de Banamex (el banco más grande en México) y 1 000 millones de los malos préstamos de Bancomer. (Banamex fue la mayor privatización bancaria y el ejemplo principal del aumento del capital en corretaje de bolsa dentro del sistema financiero en 1995 poseía 21% de los activos totales del sistema financiero). En total, la operación de diciembre inyectará un total de 4 000 millones de dólares a seis bancos. Banca Serfin (el tercero más grande) cambió 670 millones en préstamos malos al Procapte en junio de 1995 y se espera que haga lo mismo con 1 100 millones de préstamos no ejecutados o incumplidos en 1996, socializando así, cerca del 21% de sus préstamos totales.

UDIs: Bajo el esquema de los UDIs, el gobierno ha refinanciado 163 000 millones de pesos de préstamos bancarios (23% del portafolio total) en préstamos de la banca comercial. En esencia, el gobierno ha intercambiado sus bonos (activos sin riesgo para los bancos) por los préstamos bancarios (activos bancarios de alto riesgo). Los deudores pudieron renegociar sus deudas en un periodo de pago mayor y con deudas indizadas a la inflación. Los UDIs se extendieron a aquella parte del portafolio de los bancos que estaba dedicada a los préstamos empresariales, a los préstamos gubernamentales tanto locales como estatales y a los préstamos hipotecarios.

ADE: El programa del ADE es similar al de los UDIs pero dirigido hacia 2.1 millones de deudores a quienes se les extendió crédito por parte de la banca para tarjetas de crédito y otras formas de deuda de consumo. El programa del ADE fue creado en septiembre de 1995 tanto como una reacción a la oposición pública como al intento de los bancos de empujar los préstamos con tasas de interés variable a más del 100% y, además, al nivel creciente de la deudas no pagadas por préstamos al consumo. El Secretario de Hacienda ha anunciado que el programa del ADE le costará al gobierno 84 000 millones de pesos (un monto equivalente a aproximadamente 12% del portafolio de préstamos de la banca privada).

Conclusión

El ciclo de la reprivatización bancaria y de la parcial re-nacionalización se dio en un plazo de seis años. Al final de este ciclo, el gobierno había tomado el poder de más de la mitad de la banca comercial que había privatizado con anterioridad de manera sumamente efectiva. Además había refinanciado y subsidiado al resto de los bancos socializando, de hecho, aproximadamente 41% de los créditos mayoritarios en el sistema bancario mexicano. Habiendo recibido 12 400 millones de dólares por el proceso de privatización, fue forzado a una posición en la cual tuvo que extender créditos al sistema bancario por un mínimo de 15 000 millones en 1995. El fracaso de la estrategia de mercado en el sector financiero debería revelar las falsas premisas del proyecto neoliberal que no hace distinción alguna entre el papel de la industria que es socialmente necesario y productivo con la naturaleza predatoria y de maximización de utilidades en el corto plazo de las finanzas no reguladas (o reguladas muy escasamente). Desafortunadamente, la actual fuerza dominante tanto ideológica como institucional dentro de la economía mexicana, el FMI, parece no haber aprendido nada sobre el modelo que ella y el gobierno mexicano tan entusiastamente abrazan. En octubre de 1995, el director administrativo del FMI dijo: “[La crisis mexicana] no ha mellado, sino más bien ha reforzado la apreciación mundial de que los países necesitan estrategias orientadas hacia afuera para poder generar crecimiento” [FMI, 1995b, 314].

Bibliografía:

- Acosta Córdova, Carlos. “Salvar a los banqueros le ha costado al gobierno 19,000 millones.” *Proceso* no. 962 (Abril 10, 1995): 18–23.
- Aspe, Pedro. “La reforma financiera de México.” *Comercio Exterior* 44, no. 12 (Diciembre 1994): 1044–1048.
- Cypher, James. *State and Capital in Mexico*, Boulder, Colo, Westview Press, 1990.

- Dymski, Gary y Pollin, Robert (editores), *New Perspectives in Monetary Macroeconomics*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1994.
- “Overdue Loans Reach 17% in September”, en *El Financiero International*, *El Financiero*, 20 al 26 de noviembre de 1995.
- Fondo Monetario Internacional (FMI). *International Capital Markets: Developments, Prospects and Policy Issues*, Washington, D.C. FMI, agosto de 1995a.
- _____ *IMF Survey*, Vol. 24, núm. 20, Washington D.C., 1995b.
- Garrido, Celso. “National Private Groups in Mexico”, en *CEPAL Review*, núm. 53, agosto de 1994, pp. 159–175.
- Girón, Alicia. “La banca comercial de México frente al TLC”, en *Comercio Exterior*, Vol. 24, núm. 12, diciembre de 1994, pp. 1068–1075.
- González Amador, Roberto. “Pagó la banca a sus acreedores extranjeros 19 mil 909 mmd”, *La Jornada*, 17 de junio de 1995.
- Gould, David. “Mexico’s Crisis: Looking Back to Assess the Future”, *Economic Review: Federal Reserve Bank of Dallas*, Segundo cuarto 1995, pp. 2–12.
- Maxfield, Sylvia. *Governing Capital*, N.Y., Ithaca, Cornell University Press, 1990.
- Minsky, Hyman. *Can “It” Happen Again?*, Armonk, N.Y., M.E. Sharpe, 1982.
- OCDE. *OCDE Economic Surveys 1991/1992: Mexico*, Paris, OCDE, 1992.
- _____ *OCDE Economic Surveys 1995: Mexico*, Paris, OCDE, 1995.
- Veblen, Thorstein. *Absentee Ownership*, New York, Viking, 1923.
- Zúñiga, Juan Antonio y Roberto González Amador. “Crisis de la intermediación en el sistema bancario Mexicano”, *La Jornada*, 19 de septiembre de 1995.